

# Eterna Primavera

Alvaro Amaya



# Capítulo 1

## Eterna Primavera

### Cuento

En la ciudad de Guatemala, cuando en la funeraria El Paraíso de la Zona Diez, donde serio como la circunstancia Dagoberto estaba sentado, vestido de oscuro y con las piernas cruzadas en primera fila, muy cerca del ataúd, una mujer alta, delgada, pálida y vestida a negro completo, se acercó, abrió la tapa del féretro y decidida se inclinó a noventa grados sobre el cadáver.

Dagoberto creyó que iba a besar la frente de la fallecida pero la mujer sintiéndose observada se enderezó rápido, se volvió hacia Dagoberto y espetó acremente,

- ¿Y qué quiere usted? -, le dijo al tiempo que retiraba el espejo de la cara del cadáver de su madre que yacía en el ataúd, - ¿Que toda mi vida cargue con la culpa de haberla enterrado viva? -, se justificó con enojo al sentirse descubierta, mientras ocultaba el pequeño espejo dentro de su corpiño y se alejaba enérgicamente del lugar. El volumen fue lo suficientemente alto, como para que los que estaban a menos de tres metros de distancia, oyeran sorprendidos el ríspido tono de sus palabras. Dagoberto avergonzado, nunca comprendió que había sido su mirada de extrañeza y de ceño fruncido los que habían originado esa reacción. Nunca había visto que alguien hiciera eso.

- Te juro que estaba sorprendido - le dijo a un amigo días después, al comentar lo sucedido, - Me pareció que asistía a algún secreto y antiguo rito de la muerte -.

- Te equivocás -, le contradijo su amigo, - Nada de antiguo. Ahora mismo en algunos países, como parte del servicio funerario agregan el de clavar un alfiler en el corazón de los cadáveres, para estar seguros que entierran a un muerto que esté verdaderamente muerto -, le comentó.

De todos modos, a Dagoberto la experiencia le mostró que cualquiera podría morir sin haber terminado de vivir y que podría concluir su existencia asesinado por los que más querían que viviera, por los mismos que en vida le decían que lo amaban.

Al día siguiente estando solo en casa, se quedó dormido frente al televisor encendido y cuando a la media noche despertó, la escena que pasaba en la pantalla era la de la vieja película en la que a Drácula en su ataúd, le

clavan la estaca de madera en el corazón, como único artilugio que logra su muerte definitiva. Le disgustaba ese tipo de películas. Molesto por su mala suerte cambió de canal y en el siguiente la película mostraba unos zombis caminando en silencio profundo por la solitaria calle de un abandonado pueblo, con las caras heridas, deformadas y ensangrentadas, los ojos azules sin pupilas y arrastrando los pies rotos, hacia el héroe de la película y su aterrorizada chica para atraparlos.

Dagoberto supo que era la misma anterior porque en las dos, los buenos tendrían que meterles palos o estacas de plata por algún lado para que murieran de manera definitiva. Lo asombró darse cuenta que esto era algo así como la repetición del tema de la muerte que había vivido la noche anterior y con esta idea en la cabeza apagó el televisor y de inmediato se durmió a fondo.

El fin de la semana en el que se preparaba para irse de pesca, invitado por un amigo al lago Atitlán, recibió una llamada telefónica de Armando.

- ¿Dago, te acordás de José Antonio? – Le preguntó.

- No sé de quién me hablás –, contestó Dagoberto.

- Nuestro compañero de la universidad, el gordo, “el Sandía”...

- ¡Ah sí!, sé quién es él, ¿Qué pasó? -, preguntó.

- Murió. Le dio un infarto ayer. Pasaré por vos para que vayamos a la funeraria. Seguro que estarán otros compañeros que no hemos visto -, afirmó sin preguntarle si quería o si podía asistir. Dagoberto recordó que un par de años atrás, durante algunos días había estado saliendo con Cecilia, la hermana de José Antonio y por eso se dijo que además de compañero de universidad, se trataba de un ex cuñado y que debía asistir. Llamó a su compañero de pesca y canceló el viaje al lago.

- En otra ocasión será-, le dijo.

En la funeraria abrazó a Cecilia y a la familia del difunto y se sumó a una rueda de pláticas con Armando y otros ex condiscípulos que hacía bastante tiempo había dejado de ver. Hacia la medianoche, todo lo que se hubieran podido decir ya estaba dicho, con lo que la cháchara y el volumen de las conversaciones se habían reducido a míseras y espaciadas participaciones. En su círculo quedaban tres de ellos que también habían agotado lo que podían contar.

En la rueda de asientos en la que estaban, Dagoberto daba la espalda a un asiento de la rueda que se había formado detrás de él y en la que por

el mayor silencio de ahora, oía hablar claramente a una persona.

- Fueron tres las fatalidades que se juntaron, - decía la voz de alguien a sus espaldas y a quien no podía ver. - Estas fueron la muerte de mi tía y las horribles y agrias discusiones que se produjeron por causa de la herencia, que nos separaron como familia, - puntualizó y aquí hizo una pausa.

- ¿Arreglaron la distribución de los bienes? -, quiso saber alguien.

- Dijiste tres fatalidades -, recordó un estricto tercero.

- Fue lo más terrible que pasó -, dijo ignorando al último que había hablado. - Pero gracias a eso fue que aceptamos arreglar las cosas y que volviéramos a ser de nuevo una familia -, expresó. Un prolongado y generalizado silencio presionó al que hablaba para que terminara de contar lo que había empezado.

- En la agria discusión por los bienes -, prosiguió al fin, - Alguien de nosotros le dijo al juez que sospechaba que la muerte de mi tía no había sido por causas naturales, insinuando una sospechosa sindicación contra cualquiera de nosotros y para constatarlo, el juez decidió una exhumación -, contó.

En este momento, el narrador estiró anormalmente otro lapso de silencio hasta volverlo pesado y causó la impresión que estaba arrepentido de llegar al final. Con una voz más baja que obligó al intrigado Dagoberto a sus espaldas, a echar su cabeza hacia atrás para oír mejor, el hombre prosiguió:

- Cuando abrieron la tapa del féretro, el cadáver de mi tía estaba totalmente ensangrentado. La sangre había brotado profusamente de sus rodillas, sus dedos y sus uñas que en su ahogante desesperación por escapar, había destrozado completamente. La tela que tapizaba la tapa de su caja mortuoria estaba hecha jirones y la madera tenía sangrientos y profundos surcos de arañazos que habían arrancado la pintura. Sus rodillas también estaban rotas y la expresión de su rostro era de lo más..., Y en ese momento, asustados por el tema y el lugar en el que se encontraban, algunos intervinieron para evitar que prosiguiera.

-Está bien, está bien, ya entendimos -, decían atemorizados, intentando congelar la descripción pero sin hacerles caso el hombre prosiguió.

- Su horrible muerte fue su ofrenda para que nosotros como familia nos volviéramos a unir -, concluyó ahora de manera definitiva con una tranquila y equilibrada voz.

Dagoberto quedó impactado. - Otra vez -, se dijo con la sensación de estar atrapado en algo que no lo iba a abandonar fácilmente y se volvió para ver la cara del hombre que había hablado.

¿Es que tengo alguna obsesión con esto?, se preguntó. ¿Soy yo quien está propiciando estas situaciones? ¿Estoy demasiado metido con la muerte? ¿Qué jodidos me está pasando? se preguntó con alguna preocupación. Sin embargo aceptó que alguna oscura y curiosa fascinación que no definía, lo atraía hacia este asunto. Nunca me he cuestionado la muerte y tal a vez a eso se deba, se dijo rechazando la posibilidad de caer en superstición.

Se levantó y deambuló un poco por la funeraria para estirar los pies. En una esquina descubrió al hombre que había contado la historia de la tía y con impulsiva rapidez se dirigió hacia él e irreflexivamente le dijo,

- Acabo de oírle hablar lo de su tía,... ¿Está usted seguro de lo que ha contado? -. Y en el mismo momento Dagoberto se dio cuenta que el hombre que tenía frente a él era lo más alejado del loco desequilibrado que esperaba encontrar y que con su pregunta le había faltado el respeto porque había puesto en entredicho su veracidad. El hombre alto, entrado en años, de aspecto respetable y correctamente vestido, lo vio con enojo y le recriminó,

- ¡No se lo he contado a usted, usted no me conoce, no soy un mentiroso y no sé cómo se atreve a decirlo en mi cara! -, le dijo con firme dureza.

- Por favor, le ruego me disculpe -, pidió Dagoberto, - No fue mi intención. El suceso me pareció fuera de lo normal, de lo común y todavía me siento sorprendido. Acepte mis disculpas por favor -, le pidió. El hombre lo miró fijamente con el enojo marcado en su ceño fruncido y viéndolo digna y directamente a sus ojos,

- ¡Ella era mi tía y yo fui su heredero! -, le dijo para remachar lo expresado como la más absoluta, indiscutible y definitiva confirmación, - Y espero no encontrarme nunca más con usted, ¡Atrevido! - le dijo ofendido dejando escapar su enojo. Dio la vuelta y se alejó dejando a Dagoberto sin saber qué hacer.

Al fin de semana siguiente a mitad de la tarde, Dagoberto manejaba su auto sobre la avenida Reforma para reunirse en el bar con los amigos con quienes tenía costumbre de pasar las tardes de los sábados para platicar sobre las vicisitudes de la semana. Encendió la radio del auto y en el noticiero un locutor con un tono chillón, impertinente y sin calificativos, informaba que había habido un asalto a mano armada en la Zona Uno, que seis personas habían quedado muertas y que en este momento permanecían tendidas en el asfalto sobre un charco de sangre. El despersonalizado aviso no lamentaba ni ampliaba nada sobre las personas

asesinadas.

El énfasis recaía en que la gente cambiara de ruta para que no congestionaran el tráfico.

- Siempre lo mismo -, pensó hastiado y cambió de canal para buscar música. - ¿Ya oyeron lo de la Zona Uno?, preguntó a sus amigos a su llegada al bar.

- Sí, lo oímos -, contestaron.

- Eso de la muerte sigue siendo algo misterioso y extraño que aún no logro encajar en mi vida -, dijo como respuesta, uno de sus amigos que tenía un vaso de cerveza en su mano, - Estoy tan confuso que ya me oyeron: "encajar la muerte en la vida", es toda una contradicción porque es lo uno o lo otro, ¿no les parece? -.

- Con esta violencia desenfrenada no sé qué va a pasar con nosotros -, dijo un tercero, - De tanto oír de muertes, el aire huele a sangre -, expresó.

- Pues yo tengo miedo de morir -, soltó fluida, suave y desprevenidamente Dagoberto y en el mismo momento, con sorpresa y asombro y aún cuando no terminaba de decirlo, supo que acababa de descubrir algo de sí mismo que desconocía. No se lo esperaba. Fue algo deslizado sin ningún pensamiento previo.

- ¿Porque decía esto? ¿Qué sabía realmente de la muerte? ¿De dónde había llegado la idea?, pensó. Ante la expresión confundida de su rostro, el coro de carcajadas de sus amigos no se hizo esperar.

- ¿Desde cuándo andás con esas tristuras, vos?, No me digás que ahora te vas a encerrar en tu casa por miedo, desde que nacimos, aquí esto siempre ha sido así... ¿Ahora qué te pasa? -, le reclamó uno de ellos.

No le temo a la violencia, temo morir, corrigió mentalmente Dagoberto sin expresarlo verbalmente. Y seriamente pensó, He de estar preocupado por esto desde hace algún tiempo y hasta hoy me doy cuenta. Reaccionando y para no hacer más gris la cosa, lo desechó sus pensamientos, le sonrió a sus amigos, levantó la mano derecha y haciendo con los dedos un gesto en el aire con el que empujaba todo hacia afuera, les dijo,

- Olvídenlo no me tomen en serio -, y se puso a hablar de otras cosas mientras paladeaba su fría cerveza.

Cuando dos de ellos se levantaron juntos para ir al baño, dio vuelta al periódico que estaba sobre la mesa y leyó el titular que informaba sobre la

masacre de una familia en San Juan Sacatepéquez.

- Eso pasó ayer -, le informó el amigo que se había quedado con él. – ¿Te habías enterado? -, le preguntó. Dagoberto se dio cuenta que no podía seguir allí. Tenía cosas en qué pensar y sintió la necesidad de estar solo. Un rato después, casi sin pretextos se despidió, salió y subió a su carro sin pensar en ningún lugar donde ir. Sin darse cuenta llegó al Obelisco y enfiló sobre la Avenida de Las Américas conduciendo hacia el sur.

- Así es que ahora tengo miedo de morir -, se dijo en voz alta.

Consideró insidiosa la manera con la que ese sentimiento se le había introducido hasta alcanzar el nivel del que pudo brotar fácil y sin pensar. Siempre he sabido que los seres nacen, crecen, se reproducen y mueren y eso siempre lo he aceptado, se dijo. Estoy reconciliado con eso. También sé que en el universo nada se pierde, que todo se transforma y que eso siempre lo he visto como una concreta garantía de vida eterna, volvió a decirse.

Llegó al final de la avenida, rodeó la estatua de Juan Pablo II y regresó hacia el norte enfilando hacia el centro.

Mi fe católica siempre me ha dicho que cuando morimos nacemos a la vida eterna por lo que también sé que no hay muerte, que nunca morimos, que solamente nacemos, prosiguió en su soliloquio mental mientras conducía el auto ensimismado y haciéndolo de manera automática.

Eso siempre me explicó que para estar vivos aquí, tuvimos que venir de otra muerte en otra dimensión, en otra vida, en otro universo o en el cielo, por lo que mi vida de aquí, tuvo que producirse con una muerte que ya había tenido lugar, porque morir es desaparecer de un lado para aparecer en otro, prosiguió elucubrando.

Siempre he estado seguro de esto, se dijo a sí mismo mentalmente y con fuerte convicción.

Al entrar a la séptima avenida de la Zona Nueve, el agudo ulular de la sirena de una ambulancia lo sacó de sus pensamientos y cuando el tráfico lo permitió, detuvo su auto a un lado para dejarla pasar. A alta velocidad pasó la ambulancia y al pasar ésta, otro súbito, ansioso y elevado ulular de otra se le echó sorpresiva y abusivamente sobre sus oídos y lo obligó a replegarse de nuevo hacia la cuneta de la calle. Las dos ambulancias eran de los

Bomberos Municipales. A Dagoberto no le pasó por la mente que las ambulancias llevaran a una embarazada pronta a parir, a un enfermo

grave o a algún accidentado.

Quien sabe en donde fue la matazón, se dijo pensando que las dos las ambulancias irían repletas de cadáveres.

Para mí, saber lo que sé de la muerte siempre fue una invitación para creer en la vida y para aceptarla como algo querido, prosiguió cavilando, ¿Por qué jodidos ahora estoy diciendo que le tengo miedo a la muerte?, se preguntó.

Antes de llegar al Puente de la Penitenciaría en la Zona Cuatro, vio el brillante ícono rojo-amarillo de McDonald que por brillante y artificial distorsionaba la austeridad del diseño colonial del puente de piedra y en un impulso decidió entrar.

Parqueó su carro, entró, pidió un café y se sentó en una mesa sólo interesado en estar con sus pensamientos.

Le pasó por la mente que sus amigos debieron ver extraño que los dejara de pronto y que estarían asombrados por lo que había expresado sobre la muerte pero un momento después se despreocupaba a sí mismo, diciéndose que sus palabras habían sido realmente triviales y comunes para que las fijaran en sus mentes.

Un hombre de su estatura y complexión, con anteojos de vidrios gruesos pasó frente a su mesa y cuando lo vio, le descubrió los dientes en una sonrisa de boca peluda y negra de barbas y bigotes, mientras bajaba la cabeza en señal de saludo. Mecánicamente y sin ver, Dagoberto contestó levantando y bajando rápidamente su mano.

Estaba seguro que algún conflicto mental, síquico o algún suceso perdido en su interior había disparado y desencadenado ese temor a morir, algo así como la misma depresión que causa el pensamiento negativo que deprime. ¿Pero cuál?, se dijo rebuscando en su mente y sin recordar nada digno de esa sindicación. Estaba por salir cuando vio a Ricardo, amigo y ex compañero de trabajo del banco y lo saludó cariñosamente.

- ¡Hola hombre!, Tiempo sin verte -, le dijo.

- ¡Pero si te acabo de saludar hace un momento cuando entré! -, contestó riéndose el peludo amigo. - ¡Despistado! -, le dijo.

Ricardo lo invitó a un café. - Pues seguí trabajando en el banco -, le siguió contando Ricardo, - Pero hace seis meses empecé a tener cansancio, agotamiento, mareos y dolores de cabeza, me dio por estar pensando en mi madre muerta y no quería salir de casa - le contó cuando Dagoberto le preguntó cómo estaba. - El médico del banco me revisó y me dijo que no tenía ninguna enfermedad. Una sicóloga amiga fue la que dijo que

posiblemente tenía depresión y el Doctor Fuentes el siquiatra, me la confirmó. Cumplí cuatro meses de tratamiento y me siento mucho mejor - , le confió con una amistosa sonrisa.

Salieron de allí y cada cual subió a su auto. Eran las ocho de la noche y el tráfico se había reducido. Dagoberto tomó la séptima avenida, atravesó el centro de la ciudad y subió a la izquierda por la cuarta calle para llegar a la primera avenida y enfiló hacia su casa. La plática con Ricardo lo hizo pensar en visitar a un siquiatra para que le dijera si era anormal lo que estaba viviendo. Definitivamente, éste había sido un sábado diferente e inesperado. Toda su vida había vivido para afuera y ahora se sentía pesadamente obligado a rascarse por dentro.

¿Será un síntoma de la vejez?, se dijo, recordando que pronto cumpliría treinta y tres años de edad.

Cuando llegó, Margarita su novia, lo estaba esperando en la sala de su casa. Lo que Dagoberto hacía el sábado por la tarde con sus amigos, Margarita lo hacía con sus amigas. Al besarla, Dagoberto aspiró en su aliento el olor de las cervezas que había ingerido. Margarita estaba alegre y su actitud exuberante mostraba que lo había pasado bien. Estaba usando el ajustado vestido con el que Dagoberto le gustaba verla y después del saludo, contenta y provocativa, dio una vuelta sobre sí misma para que Dagoberto lo apreciara. Dagoberto la vio y no le dijo nada. Ella puso sus manos sobre sus hombros y lo empujó haciéndolo caminar hacia atrás, hacia el dormitorio.

Margarita se abrió la parte superior de su vestido y rodeando su cuello con ambas manos, lo besó ardientemente en la boca y lo lanzó de espaldas sobre la cama. Su insinuante sonrisa y sus gestos apremiantes decían lo que quería pero después de un par de intentos, descubrió que chocaban con la pasividad y el desinterés de Dagoberto. Lo separó de sí, lo vio a los ojos y le dijo con algo de susto,

- ¡Tú no estás bien!, ¿Qué te pasa? , ¿Te sentís mal? , ¿Te pasó algo? -

Dagoberto no percibió afecto en sus palabras. Tampoco se percató que Margarita quería sexo y que su rechazo la había resentido y enojado. Sintió que estaba regañando o recriminando y eso le desagradó y se quedó callado. No quería decir nada en este momento. ¿Qué iba a pensar si le dijera que acababa de darse cuenta que tenía miedo de morir?

- Creo que mejor te vas y hablamos mañana- , le dijo a Margarita en un tono neutro.

- Es solamente cuando vos querés,... ¿Verdad? -, recriminó ella, dolido y mirándolo duramente. - Ya me estoy hartando de tu egoísmo -, le dijo, mientras que rápido se levantaba de la cama en la que se había quedado

sentada. Se abotonó el vestido, bajó su falda, tomó su bolsa de mano y se encaminó enérgica y decidida hacia la puerta.

- Te llamaré mañana -, le dijo Dagoberto cuando pasaba frente a él.

- ¡Mejor nunca! -, contestó ella ríspida, al azotar violentamente la puerta del dormitorio. Al salir Margarita se encaminó hacia la puerta de la calle y su furioso taconeo sobre el piso de ladrillos se fue desvaneciendo hasta que el fuerte portazo de la puerta de la calle lo cortó de tajo imponiendo el silencio.

Dagoberto no se preocupó ni sintió el menor deseo de seguirla. No era momento de contemporizar. Había algo más importante al que debía dedicar su tiempo. No sentía nada contra ella. Más adelante lo arreglaría. Como algo lejano recordó sin emoción que su noche de sábado era algo que siempre había amado.

Tenía grabado el lindo rostro de Margarita y su cuerpo apetitoso enfundado apretadamente en el vestido blanco que le había comprado en una tienda de lujo en Cayalá y que ella había adoptado como preferido. Su relación había pasado de ser loca, pasional, adhesiva y chantajista, a algo que ambos ahora consideraban equilibrada. Habían tomado la decisión de quedarse a dormir juntos los sábados por la noche en la casa de Dagoberto. Los domingos Dagoberto hacía lo que ella quería con la única condición de no salir a más de cincuenta kilómetros de la ciudad por lo que su viaje semanal a Ciudad Antigua era la rutinaria actividad dominical preferida.

Habían cumplido un año de estar viviendo de esta manera. Estaban conscientes que no querían matrimonio y que se mantendrían así hasta que llegara el momento de la decisión si es que llegaba. Por ahora se gustaban, se aceptaban y lo querían prolongar. Eso los había desembocado en una relación más pacífica y relajada que la idiota locura que había sido su inicio.

Cuando se levantó era medio día. Pensó que a Margarita no le había pasado el enojo porque no lo había llamado y consideró que así era mejor. Fue por los periódicos a la puerta de la calle y al ver los titulares, los tiró dispuesto a no leer sobre asaltos y asesinatos de narcotraficantes, de mujeres, policías y conductores de buses y taxis. ¡Por la gran puta, ni siquiera los domingos se descansa de esto!, expresó reventando enojado.

Era inevitable dejar de pensar en el tema que lo atrapaba.

Pasó por la cocina y haciéndose un café regresó a su dormitorio y se sentó en el sofá frente a su cama, mientras un torrente de pensamientos centrifugaba su preocupación. ¿Habré leído algo que me dejó trabado con esto? ¿Mi miedo es porque creo que morir produce dolor? ¿Tengo culpas y

creo que me iré al infierno? ¿Porque no sé a dónde iré y qué va a pasar después? ¿Miedo por dejar a los que amo? o ¿Causarles dolor?

Se dio cuenta que eran muchas preguntas y le pareció que dedicar su vida a saber por qué temía morir, lo podría mantener ocupado toda la vida y detectó el sarcasmo de morir en vida por saber de la muerte. Condenar mi vida a buscar esto ya sería un morir, se dijo avinagrado. No se dio cuenta en qué momento se quedó dormido y cuando despertó ya amanecía.

A mitad de la mañana desde su oficina de trabajo en la Zona Cuatro, hizo una cita con el siquiatra y a las seis de la tarde estaba en la clínica con el doctor. Al momento de empezar hablar, Dagoberto se sintió un idiota, un tonto, un pendejo. Él mismo ya estaba convencido que no tenía nada. El doctor sin apremiarlo, de manera reposada, plácida y tranquila, lo instó a hablar. ¡Ni modo que se tome su tiempo, son setecientos quetzales por hora de consulta!, pensó Dagoberto para sus adentros.

El doctor le dijo que algunas ideas se volvían obsesiones porque uno mismo las vuelve protagonistas, que seguramente eran otros sus problemas y que lo que le pasaba, solo era una ocultación inconsciente de ellos. Le preguntó cómo estaba su vida sexual, cuanto licor tomaba, si estaba tomando medicamentos y cuando ya empezaba a confiar en él, el doctor le preguntó que como estaba su relación con su madre. ¡La suya!, le saltó inconscientemente al pensamiento y ya no se pudo concentrar en nada más de lo que le dijo.

Camino a su casa Dagoberto rescató dos cosas que consideró importantes de la consulta, que no estaba obligado a ir a funerales fuera quien fuera el fallecido y que debería de someterse a una abstinencia absoluta de periódicos y noticieros de radio y televisión, hasta que olvidara su "obsesión" por la muerte. Y de su propia cosecha, agregó que también iba a cortar de inmediato a cualquiera que le hablara sobre muertes y funerales.

Con la complaciente sensación que como adulto responsable se había ocupado de su salud mental y que haría un esfuerzo consciente para rechazar las ideas que lo habían atenazado días atrás, a las nueve de la noche se metió a la cama y se quedó profundamente dormido. A las seis de la mañana despertó alterado. Su teléfono tronaba ansiosamente con la persistente llamada de Margarita que desde alguna intersección de la invisible maraña de las ingravidas ondas eléctricas le preguntaba con dulzura,

- ¿Seguís enojado conmigo? -

- No, no lo estoy mi amor, nunca lo he estado -, le contestó rápidamente

mientras terminaba de despertarse.

- ¿Te parece que nos juntemos por la noche? -, le preguntó ella.

- Por supuesto que sí cariño -, le dijo Dagoberto, - Te llamaré -, concluyó.

Le quedaba poco tiempo. Apresurado se bañó, desayunó y salió de prisa a enterrarse en el atascado y desesperante tráfico de las mañanas. Al mediodía en vez de salir a almorzar con sus compañeros, Dagoberto se quedó para avanzar en un trabajo pendiente. En la silenciosa soledad de la oficina de ese caluroso día, como saeta le llegó a la mente que tal vez a lo que verdaderamente tenía miedo era a ser enterrado vivo.

- ¡Vuelta al surco! -, se dijo sorprendido, - ¿Y ahora qué putas? - Si vengo de otra muerte, ¿Será que nunca salí a la vida? ¿Que lo que hoy creo que es mi vida, es solamente la continuación de mi muerte anterior? ¿Y si tal vez eso es estar cataléptico y no me he dado cuenta?

Reconoció que no sabía nada sobre catalepsias y se prometió indagar.

A las seis de la tarde llamó a Margarita y le dijo que prefería que se juntaran al día siguiente. Con estas preocupaciones en su mente no era prudente reunirse con ella. Había tenido la experiencia del sábado y sabía que aunque físicamente estuviera con ella, de todos modos no iba a estar con ella.

Conducía sobre la novena avenida de la Zona Uno y cuando en el cruce de la doce calle el semáforo cambió a verde, un autobús urbano que vomitaba infernales colochos de un apestoso y espeso humo negro, arrancó ruidoso acelerando alocado junto a él. La rapidez de su avance le permitió a Dagoberto cambiarse al carril derecho y ponerse detrás del humeante y apestoso autobús.

Veinte metros adelante frente al Congreso de la República, el autobús frenó súbitamente y Dagoberto detuvo su auto detrás. Para aprovechar el tiempo que sabía que iba a estar detenido para bajar pasajeros, con tranquilidad sacó la agenda de la guantera del auto con el objeto de confirmar la dirección para donde iba y algo le hizo levantar la vista.

De la puerta trasera del autobús bajó corriendo un joven de unos veinte años, llevando una bolsa grande de mujer en sus manos. Su carrera lo acercaba rápidamente a su auto. Otro hombre bajó presuroso de la puerta trasera con un revolver en sus manos, se paró sobre la acera, abrió las piernas y con alguna parsimonia apuntó hacia el fugitivo que ya corría junto a su auto.

Dagoberto tardaba en lograr que su mente encajara lo que ocurría y quedó viendo sin comprender. El hombre ya había disparado una bala de la que Dagoberto había logrado ver la tenue y fugaz nubecita de humo blanco que había producido su salida del revólver y que el viento había deshecho. Sin mayores ruidos, a su alrededor la gente gritaba y corría aterrorizada y descontrolada, mientras que otros se lanzaban al suelo agarrando sus cabezas entre sus manos.

Dagoberto vio que ahora lentamente, el hombre apuntaba despacio para disparar de nuevo y lo vio mover el arma directamente hacia él, mientras la sostenía con ambas manos. Comprendió que era el momento en el que sus elucubraciones sobre la muerte llegaban a su fin y pudo oír el estampido seco y sordo del disparo.

En el vidrio delantero apareció un pequeño agujero a la altura de sus ojos, que se volvió de un blanco lechoso debido a los añicos polvorosos que quedaron prendidos entre sí sin caer a pedazos.

Su cerebro canceló su mirada.

Algunos diputados vieron el suceso a través de una ventana del segundo piso.

- Habrá que tomar medidas y pensar en una nueva ley para que esto no siga pasando -, dijeron ellos muy doctos, muy serios, muy dignatarios y muy graves, retirándose de las ventanas.

Álvaro Amaya G., Guatemala, 28 Octubre de 2014.-